

Solemnidad de Pentecostés (19-05-24)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

En la alegría de celebrar esta fiesta después de estos domingos de Pascua en que, recordando que Jesús ha resucitado y participa ya de la plena gloria de Dios después de su paso por este mundo, en donde entregó su vida por amor hasta el final, hasta la última gota de su sangre, nosotros recibimos su Espíritu.

Y, esta vez, tenemos dos textos: el texto de los Hechos de los Apóstoles (2,1-11), que habla que, “de repente, *un ruido del cielo, como de un viento recio, resonó en toda la casa donde se encontraban. Y vieron aparecer unas lenguas como de fuego que se repartían posándose encima de cada uno y se llenaron todos del Espíritu Santo*”. Esta es la primera que se nos pone en la Liturgia. La segunda, más sencilla, la del Evangelio de Juan (20,19-23), donde el Señor dijo: “*Paz a ustedes*” ... sopló sobre ellos y les dice: “*Reciban el Espíritu Santo*”.

Aquí hay una referencia indirecta al Génesis, y la Liturgia ha mantenido ese orden por esa razón (aunque el orden de lo ocurrido con Jesús y sus discípulos es al revés: primero, estaban reunidos con miedo a los judíos y, después, en otra sala y otro día, llegó el Espíritu Santo en una forma impresionante), pues, resulta que hemos mantenido este orden en la Liturgia porque así se presenta en el inicio de la historia, en el Génesis.

Recordemos un momentito que, en el Génesis, primer capítulo se nos dice: “*Y un espíritu de Dios aleteaba por encima de las aguas*” (y aleteaba duro para que empezara

la Creación). Y luego Dios Habla: “*Dijo Dios: Haya luz, y hubo luz*”. Es potente, es fuerte, y va creando todas las cosas. Y, luego, en el mismo Génesis, segundo capítulo y relato, que se ha escrito por otra mano pero es de la misma fe, el Señor hace una especie de muñequito con el barro y después sopla sobre este, y el ser humano y viene a ser un ser viviente.

Estos dos momentos están representados, aquí también, en Hechos de los Apóstoles y en el Evangelio de Juan. Y se ha mantenido ese orden para recordar que lo que estamos viviendo es una nueva Creación, pero el orden en la realidad es distinto. Vamos a reflexionar, entonces, sobre eso ahora y qué importancia tiene:

El viento impetuoso que comenzó a crear el mundo a través, justamente, de la Palabra de Dios, pero fuertemente impresionante como el Espíritu que aletea y mueve las aguas para poder abrir un espacio para la Creación y la humanidad, ese espíritu se llama “*ruaj*”. Inclusive, la manera de decir “*ruaj*” es como una especie de viento huracanado que a veces escuchamos en un viento fuerte: “*¡ruaj!*” ... es una fuerza tremenda.

En cambio, cuando Dios recoge ese muñequito que ha formado de tierra y lo convierte en un ser viviente, se dice que sopló, y ese soplo se dice en hebreo “*nefesh*”, o sea, significa algo así como un airecito suave, como la brisa de la tarde. En un tiempo de verano es bonita la brisa de la tarde porque no hay mucho bochorno ni calor, y en la tardecita es linda la brisa. Es un soplo sencillo, vital, profundo, delicado, tierno, como el de nuestras mamás que, a veces, cuando estamos así medios atormentados, la mamá nos sopla un poquito para que nos calmemos.

Bueno, estos dos espíritus es el mismo Espíritu Santo, sólo que son dos dimensiones, o dos formas de presentarse del

Espíritu. Y decía que se presenta al revés - aunque en la Liturgia se ha mantenido este orden - porque, primero, están los discípulos reunidos con miedo, terrible. Y ahí no puede venir el viento impetuoso porque les da más miedo. Jesús se pone en medio de su problema, en medio de su miedo, y les dice que les va a dar el Espíritu para que perdonen los pecados, pero, primero, los sopla dulcemente.

Y este soplo, entonces, es el inicio de la nueva historia de la presencia del Espíritu en la humanidad. Y luego, para poder llegar a toda la humanidad, se produce, pocos días después, en Jerusalén, en los Hechos de los Apóstoles, el viento impetuoso que recrea el mundo. Pero no sin haberlo dado Jesús delicadamente antes al ser humano en los discípulos, de tal manera que, a partir de Jesús, empezó la recreación del mundo y de la historia, por medio de la ternura, la historia del Dios que nos ama y acompaña, nos dice las cosas con sencillez, no nos grita, no nos agrede, no nos recrimina.

El Papa, hace unos días, les ha hablado a los sacerdotes, les ha dicho que, en la confesión, no torturen a la gente, por más pecados que tengan, y que no estén escarbando ahí a ver qué pasó y no sé qué y que no sé cuánto, y tú pecadora, desgraciada y desgraciado. Perdonen, perdonen y perdonen; transmitan que Dios, a pesar de todo, siempre nos perdona gratuitamente y nos llama desde el perdón a retomar el camino, porque nuestro Dios es el Dios de la ternura, del amor profundo, del amor inspirado que nos hace, además, sabios, no sabidos, sino sabios. "Sabio" significa que suscita en nosotros la capacidad de reflexionar para ir decidiendo y no estar atolondrados; no volvernos como unas personas que lo único que hacen es reaccionar a las situaciones y no piensan.

Por esa razón, hermanos y hermanas, la Fiesta del Espíritu es fundamental, porque ese Espíritu que ustedes ya han

recibido todos en el Bautismo y que, en la Confirmación, los jóvenes van a recibir, justamente, como un Espíritu de sabiduría, de inteligencia, de paciencia, de temor de Dios (que no es tenerle miedo a Dios, sino de respeto a Dios), y todas esas cualidades que tiene el Espíritu que apuntan a la reflexión, a hacer un cristianismo inteligente, que no es lo mismo que hacer un servicio de inteligencia, sino inteligente en el sentido que sabe reflexionar sobre la vida directamente y sus sentido.

Y tenemos que pedir perdón al Espíritu Santo en la Iglesia porque, en las formas de enseñar al Espíritu Santo y de vivir la Iglesia, hemos creado un método que no es el del Espíritu. El método del Espíritu es la suscitación y la inteligencia profunda que va haciendo un discernimiento y calibrando y conversando, como lo hacen las vecinas. Ya varias veces hemos dicho ese ejemplo: la señora que recién se ha casado no sabía cómo hacer para que el agua no se le queme, entonces, va donde la vecina a preguntarle, y la vecina le dice: “No, hijita, el agua no se quema, se consume”.

Esa sabiduría diaria que consiste en recurrir al consejo del otro, nos permite aprender sabiamente la vida porque nos la transmitimos unos a otros. Y, cuando se transmite uno al otro, adquiere una sabiduría, que es esa sabiduría popular que todos sabemos y que está expresada en nuestros refranes populares. “Haz bien sin mirar a quien”, “más vale pájaro en mano que ciento volando” ... y esa es la sabiduría, y hay que seguir porque eso se está disminuyendo, los refranes, y tenemos que aprender y hacer nuevos.

Por esa razón, hoy día tenemos que darnos aliento para ver cómo enfrentar situaciones gravísimas, porque ¿qué tiene la sabiduría y el Espíritu? que penetran hondamente. Y, cuando en una frasecita se dice algo sabio, uno dice:

“me la huelo que no es así”. Y, sobre todo, las mujeres tienen esa sabiduría porque aquí viven la vida cotidiana, sostienen el mundo con su trabajo. ¿Qué sería si hicieran una huelga las mujeres en el mundo? Los hombres nos quedamos “tirando cintura”, porque la mujer ha acumulado siglos de compañía, de servicio, de maternidad, de esperanza y, por lo tanto, tiene una sabiduría profunda que se “huele” las cosas por el sexto sentido.

Y, por eso, Jesús recogió esa sabiduría que está en el Espíritu de Dios que está metido en nosotros y Él mismo se comparaba con una gallina, con una figura femenina: *“Jerusalén, Jerusalén que matas a los profetas, cuántas veces he querido reunir a tus hijos como la gallina reúne a sus pollitos y no has querido”*. A ver, ¿qué varón se compararía con una gallina aquí? Pero Jesús sí lo hace porque sabe que lo sustancial del aporte de la mujer a la vida de nuestros pueblos ha sido la sabiduría. Por eso, a María le llamamos, justamente, “la Madre de la Sabiduría”, porque ella, con toda la vivencia que tuvo, con toda la esperanza que mantuvo, con toda la forma de vivir, es capaz de darse cuenta de que en ese hecho diminuto y pequeño que estaba ocurriendo cuando el Ángel la llama, ella *guardaba esas cosas en su corazón* y se da cuenta. Y cuando canta su canto, es un canto glorioso, precioso, porque Dios se ha fijado en ella, que es humilde y, simultáneamente, canta socialmente: *“Tú despliegas tu brazo potente, derribas del trono a los poderosos y enalteces a los humildes; a los hambrientos los colmas de bienes, y los ricos los despidas vacíos”*.

Ojalá esa sabiduría penetrara hondamente en todos nosotros, especialmente, en quienes nos dirigen; inclusive, en el arzobispo también que dirige la Iglesia, porque, a veces somos imprudentes y nos vamos más por el lado de la rabia, el celo, la agresión, y nos olvidamos de que es

necesario tener siempre una consideración del pueblo, porque estamos a su servicio y no a nuestro servicio.

Por eso es que el Señor quiere la transformación del mundo por medio de la sabiduría. Quizás, algunas personas no tuvieron una mamá que les diera esa capacidad de sentir las cosas con hondura y de responder con esa sabiduría, y esa paciencia y esa capacidad de transmitir la ternura que la mayoría hemos tenido. Vamos a rezar por ellos también, pero, sobre todo, para que la imprudencia, la agresión, la locura, la ambición, salgan de sus corazones. Y, sobre todo, hagámoslo nosotros que también podemos estar tentados de eso. La Fiesta del Espíritu es para eso, para acoger el soplo cariñoso de Jesús.

Por eso, al final de la Misa, les hemos dado unas velitas. Esas velitas las vamos a encender antes de la bendición, y luego vamos a apagar el cirio que nos ha acompañado todo el tiempo de Pascua. ¿Y por qué vamos a apagar el cirio? Porque representa a Jesucristo, y Jesucristo ahora se reparte con su Espíritu en toda la Iglesia, y ustedes irán con sus velitas encendidas hacia la calle y se las llevarán a la casa encendidas, y las pondrán como signo de esperanza en cada casa. ¿De acuerdo? Por eso, hoy día no damos el agua bendita al final porque si no se apagan las velas. Pero hoy día, todos llevan una velita (si no le alcanza para todos, por favor, perdonen porque, de repente, no ha alcanzado).

Entonces, al final de la Misa, haremos lo que hizo Jesús y, por lo tanto, soplaremos sobre todos y apagaremos el cirio. Y el Espíritu, entonces, camina en la Iglesia y ustedes son ahora los portadores del Espíritu Santo, como lo fue Jesús y como lo fueron los discípulos que anunciaron el Evangelio: *“Vayan, a anunciarlo a todas las naciones”*.

Pero también hay una cosa linda: los discípulos, hablando en su lengua, los entendían en todas. ¿Qué lenguaje es el que se transmite cuando, por más que hable yo un idioma raro, uno de esos chinos que hay, difícilísimos, la gente me entienda? Solamente hay una cosa: el lenguaje del amor.

Eso me lo enseñó un niño de cinco años en una prédica sobre este texto. Eran tres niños que conversaban: - “Mira, a ver, cómo es que estaba todo cerrado y entró Jesús”. - Y, entonces, uno de ellos me dice: - “Bueno, por la cerradura, porque era un fantasma” (pero el texto de Lucas dice que no es un fantasma). - Y luego, el otro me dice: “Bueno, yo pienso que había una rajadura en el muro y por ahí se metió”. - Y finalmente, el más chiquito, me jala de acá y me dice: “Muy fácil pues, muy fácil... por el muro, el muro cerrado, por ahí entró”. Y yo le pregunto: ¿y cómo entró si estaba todo cerrado y el muro también? - “Pero, claro pues, por el amor, porque el amor atraviesa todo”.

Nunca he escuchado eso en un curso de Teología. Esa es la mejor clase de Teología que he recibido hasta hoy. El niño había entendido que el lenguaje del amor atraviesa todo. Y esa es nuestra misión, nuestra tarea, a partir de ser portadores del Espíritu Santo: abrir las puertas cerradas que muchos imponen a la luz, a la esperanza. Esa es la gran tarea de los cristianos, así nos cueste la vida, así nosotros vayamos a morirnos como muchos mártires en la historia, pero es el único punto de recuerdo a la humanidad de que no hay esperanza sin hermandad.

Y, por lo tanto, los testigos de la hermandad y del amor de Dios somos todos los cristianos que vamos pidiéndolo y testimoniándolo. No lo imponemos, lo proponemos y damos nuestra vida para decirles que esa es la bandera que tenemos levantada, flamenando, y que hemos de seguir siempre: a Jesús muerto y Resucitado por nosotros para darnos su Espíritu y su amor.

Que Dios los bendiga y las bendiga, hermanos y hermanas, y que lleguemos en este camino a dar un gran aporte también a nuestro país que necesita de dejar de “labyrintharse” con tanto lío en el que estamos. Pongámonos de pie y recemos el credo de nuestra fe.